

# MERCADO DE OLAVIDE

## ASPECTO HISTORICO

La plaza de Olavide, antiguamente llamada plaza Industrial, tenía instalado en su centro, desde 1875, un mercado que surtía la barriada del primitivo Chamberí. La estructura de hierro y cinc que lo cubría estuvo en la plaza de la Cebada para la venta al por mayor de fruta, y fue retirada de allí en 1868, en que la Sociedad Belga de Mercados construyó los de la Cebada y Mostenses.

"El intento más serio de una sistematización y resolución al problema de los mercados se inició en 1926, pero no se pudo llevar a efecto por dificultades económicas.

Fue más tarde, principalmente a partir de 1930, cuando, reuniendo el presupuesto ordinario, el extraordinario y el de capitalidad a Madrid concedido, pudo el Ayuntamiento ordenar a sus técnicos el estudio y construcción de la serie de mercados de que la capital de España se hallaba tan necesitada".

Se encontraba ya construido recientemente el Nuevo Matadero Municipal, obra del arquitecto don Luis Bellido, y se acometió el estudio y construcción de los mercados de Frutas y Verduras en Legazpi, de Pescados junto a la Puerta de Toledo, de Aves en el recinto del Matadero y del Nuevo Mercadillo de la plaza de Olavide. Estos mercados fueron proyectados por el Arquitecto Municipal don Francisco Javier Ferrero, también autor del Viaducto de la calle de Bailén.

La sencillez y la claridad del planteamiento son el exponente común de la concepción de estos mercados; no hay en ellos una sola concesión al ornato y sí un profundo estudio de buen funcionamiento, higiene y servicio a la comunidad.

Del arquitecto Ferrero son los textos que se citan a continuación, en los que se puede apreciar el espíritu con que fueron acometidas estas realizaciones:

"Puede, sí, admitirse un exponente común: la sencillez, y ello ha presidido la construcción y ordenación de los nuevos mercados, hasta tal punto, que ha roto con todos los viejos moldes, dando lugar a una orientación fuertemente original.

Aun los modernos y más perfectos mercados del extranjero: Reims, Leipzig y Frankfurt, etc., no obstante su acierto y magnificencia, resulta un tanto pueril ver elevarse sobre el cesto de modestas lechugas o el cajón de aplastados lenguados, una soberbia bóveda o una ingente cúpula, recuerdos del mercado Grad Hall, del siglo XIX.

Los actualmente construídos mercados madrileños han suprimido todo lo que puede significar gasto, para sustituirlo por un estudiado y acabado sentido higiénico; las grandes alturas se han reducido hasta la absolutamente necesaria para una proporción estética y nunca superando el posible alcance de una manga de riego, a fin de poder baldear incluso los techos; han desaparecido tanto en el exterior como al interior

los retallos, las molduras, los decorados, los rincones, los hierros retorcidos, etc., y, en general, todo lo que puede significar un aditamento inútil y un recogedero de polvo y basura; las grandes superficies de vidriera o persiana, difícilmente asequibles y siempre sucias, se han cambiado por ventanales metálicos del tipo corriente; la penumbra ha sido sustituida por claridad, pero suavizando la luz por amplios volados que impiden la entrada del sol y por vidrio verdoso, que absorbe los rayos caloríficos de la gama del rojo; los solados se han hecho impermeables y con vertientes y regueras; los zócalos, inatacables aún por los ácidos y a prueba de fuertes choques; los recubrimientos y revocos, persistentes... En resumen: se han edificado los mercados no para asombro del público, sino para su servicio, tratando la construcción e instalación como pudiera hacerse con un quirófano."

